

Hipotermia

ARNALDUR INDRIDASON

HIPOTERMIA

Traducción de
ENRIQUE BERNÁRDEZ

RBA

Título original islandés: *Harðskafi*.

Publicado por acuerdo con Forlagid Publishing,
www.forlagid.is

© Arnaldur Indridason, 2007.

© de la traducción: Enrique Bernárdez Sanchis, 2015.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2015.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: febrero de 2015.

REF.: OAFI957

ISBN: 978-84-9056-044-0

DEPÓSITO LEGAL: B. 263-2015

ANGLOFORT, S. A. • PREIMPRESIÓN

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

El hermano mayor curó de sus heridas de congelación,
pero decían que se mostraba siempre huraño y taciturno.

Tragedia en el páramo de Eskifjörður

María casi ni se daba cuenta de lo que sucedía durante el funeral. Estaba sentada en la primera fila y tenía cogida la mano de Baldwin sin llegar a comprender por completo ni la situación ni lo que sucedía a su alrededor. El sermón del pastor y la gente que había acudido al entierro y el canto del pequeño coro... Todo se confundía en su dolor. El pastor, una mujer, había ido a su casa y había anotado una serie de detalles para redactar su sermón. Habló sobre todo de la carrera erudita de Leonóra, la madre de María, de la valentía que había demostrado ante su trágico destino, de la multitud de amigos que había sabido atesorar a lo largo de la vida, y de ella, su única hija, quien en cierto modo había seguido los pasos de su madre. La pastor mencionó cuán avanzada había sido Leonóra en su campo y cuánto había cultivado el cariño de sus amigos, como podía comprobarse en la nutrida asistencia ese triste día de otoño. La mayoría de los congregados en la iglesia procedían de la universidad. En ocasiones, Leonóra había comentado a María lo gratificante que era pertenecer a la comunidad docente. En sus palabras se ocultaba una arrogancia a la que María prefería hacer caso omiso.

Recordaba los colores otoñales del cementerio y los charcos congelados en los senderos de guijarros que llevaban hasta la

fosa, el sonido del fino hielo al romperse bajo los pies de los portadores del féretro. Recordaba la brisa fresca y la señal de la cruz que hizo sobre el ataúd de su madre. En incontables ocasiones se había imaginado a sí misma en aquel trance desde el momento en que dejó de existir la menor duda de que su madre moriría a causa de la enfermedad; había llegado el instante temido. Clavó la mirada en el ataúd del fondo de la fosa y pronunció en su fuero interno una breve oración antes de hacer la cruz con el brazo extendido. Luego se quedó inmóvil en el borde de la fosa hasta que Baldwin se la llevó de allí.

Recordaba que las personas que habían asistido al funeral se acercaban a ella y le formulaban su pésame. Algunos le ofrecían su apoyo. Cualquier cosa que pudieran hacer por ella.

Su mente no voló hacia el lago hasta que todo estuvo otra vez en silencio y se quedó sola, sentada consigo misma, hasta bien entrada la noche. Hasta ese momento no había caído en ello, pero ahora que todo había terminado y rememoraba aquel día angustioso se dio cuenta de que la familia de su padre no había asistido al entierro.

El aviso llegó desde un móvil al número de emergencias poco después de medianoche; se oyó una alterada voz de mujer que decía:

—Se ha... María se ha suicidado... Yo... ¡Es horrible..., horrible!

—¿Cómo te llamas?

—Ka... Karen.

—¿Desde dónde llamas? —preguntó el encargado del número de emergencias.

—Estoy en... es... su casa de verano...

—¿Dónde? ¿Dónde es?

—...en el lago Þingvallavatn. En... en su casa de verano. Daos prisa... Yo... yo estaré aquí.

Karen no conseguía encontrar la casa. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí, casi cuatro años. María le había proporcionado indicaciones precisas por si acaso, pero, a decir verdad, le habían entrado por un oído y le habían salido por el otro, porque estaba segura de recordar el camino.

Salió de Reikiavik, en su coche, cuando estaban a punto de dar las nueve, en medio de una oscuridad total y absoluta. Pasó por el páramo de Mosfellsheiði, donde apenas había

tráfico rodado. Unos pocos faros se cruzaron con ella camino de la capital. Solo había otro vehículo circulando hacia el este, y siguió a sus pilotos traseros rojos, feliz de tener compañía. No le gustaba nada conducir en la oscuridad y habría adelantado la salida de haber tenido la menor opción de hacerlo. Era responsable de relaciones públicas en un gran banco, y las reuniones y las llamadas telefónicas no acababan nunca.

Sabía que tenía Grímannsfell a la derecha, aunque no pudiera ver la montaña, y Skálafell a la izquierda. Dejó atrás el desvío de Vindáshlíð, donde, de niña, había pasado dos semanas de veraneo. Siguió los pilotos rojos en un cómodo viaje hasta dejar atrás el malpaís de Kerlingarhraun. Allí se separaron. Las luces rojas aumentaron la velocidad y desaparecieron en la oscuridad. Pensó que quizás iría hacia Uxahryggir y luego al norte, hacia Kaldidalur. Había recorrido muchas veces ese camino y le encantaba ir por allí, salir al valle de Lundarreykjadalur y bajar luego hacia el Borgarfjörður. Revivió el recuerdo de un hermoso día de verano en el lago Sandkluftavatn.

Torció a la derecha y se adentró en la oscuridad de Þingvellir. La resultaba difícil orientarse en la geografía de la zona en medio de la oscuridad más absoluta. ¿Debería haber torcido ya? ¿Era aquella la desviación que llevaba al lago? ¿O acaso era la siguiente? ¿Se había pasado?

Terminó dos veces en callejones sin salida y tuvo que dar la vuelta. Era jueves por la noche, y prácticamente todos los bungalós estaban vacíos. Llevaba provisiones y libros para leer, y además María le dijo que hacía poco habían instalado televisión en la casa. Pero sobre todo pensaba dedicarse a dormir y descansar. El banco parecía un manicomio después

del reciente intento de absorción. Ella ya no comprendía los enfrentamientos entre los grupos de grandes accionistas que establecían alianzas contra otros grupos. Se publicaban informes para la prensa cada dos horas, y las cosas no mejoraron, sino todo lo contrario, cuando se supo que se había acordado una indemnización por despido por un monto de cien millones de coronas con un director a quien uno de los grupos quería quitarse de en medio. La dirección del banco había conseguido granjearse las iras del público y Karen era la encargada de aliviar un poco las tiranteces provocadas. Así habían estado las cosas durante las pasadas semanas, y ya estaba harta cuando se le ocurrió la posibilidad de salir de la ciudad. María le había ofrecido muchas veces su casita de verano para que fuera a pasar unos días, así que decidió telefonarla. «Faltaría más», dijo María.

Karen circuló despacio por un camino bastante primitivo que atravesaba los arbustos bajos, hasta que los faros del coche iluminaron el bungaló, abajo, junto al lago. María le dio las llaves y le contó también dónde guardaban la de repuesto. A veces venía bien tener una llave de repuesto escondida en algún sitio cerca de la casa.

Esperaba con ilusión despertar al día siguiente entre los colores otoñales de Pingvellir. Desde donde alcanzaba su memoria se promocionaban rutas especiales para disfrutar los colores otoñales del parque nacional, pues apenas había lugar alguno donde fueran más bellos que allí, junto al lago, donde los tonos anaranjados y rojizos de la moribunda vegetación se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Comenzó sacando el equipaje del coche y poniéndolo junto a la puerta, en la plataforma del porche. Metió la llave en la cerradura, abrió y buscó la llave de la luz con la mano.

Se encendió una luz en el pasillo de la cocina, metió su pequeña bolsa de viaje y la colocó en el dormitorio principal. Se extrañó de que la cama no estuviera hecha. Aquello no era propio de María. Había una toalla en el suelo del cuarto de baño. Cuando encendió la luz de la cocina notó una especie de presencia extraña. No le tenía miedo a la oscuridad, pero de repente la invadió una sensación de malestar en todo el cuerpo. El salón estaba a oscuras. Desde él se disfrutaba de una espléndida vista del lago Þingvallavatn.

Karen encendió la luz del salón.

En el techo había cuatro fuertes vigas; de una de ellas colgaba un cuerpo humano, dándole la espalda.

Se sobresaltó de tal manera que retrocedió con brusquedad hacia la pared del salón y su cabeza golpeó el revestimiento de madera. Se le nubló la vista. El cuerpo colgaba de la viga, sujeto por una delgada cuerda azul, y se reflejaba en la oscura ventana del salón. No sabía cuánto tiempo pasó hasta que se atrevió a aproximarse, paso a paso. El pacífico entorno del lago se había convertido, en un abrir y cerrar de ojos, en una película de terror que no podría olvidar jamás. Cada pequeño detalle quedó aprisionado en su memoria. El taburete de la cocina, un cuerpo extraño en aquel salón de puro diseño, yacía volcado debajo del cuerpo. El color azul de la cuerda. El reflejo sobre la ventana. La oscuridad de Þingvellir. El cuerpo humano inmóvil debajo de la viga.

Se acercó con mucho cuidado y miró el hinchado rostro azul. Sus peores sospechas demostraron ser correctas. Era María, su amiga.